

to, sino cierto, claro é inteligible el conocimiento del bien, y su aspecto tendrá que ser vivo y luminoso. Cuanto más visiblemente se muestran las perfecciones del objeto amado, cuanto más clara sea la luz en que se ofrezcan á los ojos del alma, tanto será mayor el ímpetu del deleite; y por el contrario, si el conocimiento que tenemos de ellas es imperfecto, poco claro, el objeto á que pertenecen, escitará todavía nuestra benevolencia, pero el deleite que con ella se junta, será por extremo débil y por lo tanto imperceptible. La condicion necesaria del gozo, su principio psicológico más próximo es el aspecto, la intuición, el claro conocimiento de un objeto amable y de sus excelencias respectivas (1).

14. Volvamos ahora á la belleza. De lo que hemos dicho sale una conclusion. ¿Son las cosas que llamamos bellas, objeto siempre de nuestro amor perfecto, y excitan segun su naturaleza este amor, ora absoluto, ora relativo? Pues en tal caso tenemos derecho á mirar sus propiedades como razon del placer que nos produce siempre su aspecto. Esto supuesto, podríamos explicar lógicamente la belleza de las cosas partiendo de la propiedad en cuya virtud nos parecen amables y nos complacen por sí mismas, en cuanto ésta complacencia que hallamos en ellas, cuando las consideramos, es la razon del gozo.

(1) Pallavicini, del bene. I. 1. c. 40. 42.

que experimenta el ánimo. Pero no desenvolvamos antes de tiempo nuestra indagacion.

## V.

La segunda propiedad de la belleza es el atractivo que tienen para nuestro corazón los objetos en que la percibimos. La belleza nos mueve á amar tales objetos con amor perfecto.

15. Quizá pudiéramos creernos dispensados de probar esta proposicion, al ménos cuanto á su primera parte; porque que las cosas bellas cautivan nuestro corazón y solicitan nuestro amor, es para todos una verdad experimental no ménos conocida que el otro efecto de que antes hablabamos, á saber: que su contemplacion nos causa gozo. La pregunta antes referida (8), que hizo el otro á Aristóteles, segun Diógenes Laercio, refiérela tambien Stobeo en estos términos: «¿Por qué amamos las cosas bellas?» A lo que respondió el filósofo, que solo los ciegos pueden hacer semejantes preguntas (1). Lo que sobre este punto nos toca probar, es, que lo bello es propiamente objeto de nuestro amor de benevolencia; que el efecto inmediato, próximo del aspecto de la belleza es, por lo que á nosotros toca, el amor; que por consiguiente la belleza de las

(1) 'Αριστοτέλης ἐρωτηθεὶς διὰ τί τῶν καλῶν ὁ ἔρωσ; «τυγλοῦ» εἶπεν «ἡ ἐρώτησις». Io. Stob. Florileg. 65. n. 14. (Ed. Meineke vol. 2. p. 404.)



cosas está en relacion más próxima é inmediata con nuestra voluntad que con nuestra inteligencia. Digámoslo francamente: no nos puede satisfacer la famosa teoría expuesta de nuevo en nuestros días por un filósofo insigne, según la cual debe consistir la belleza de las cosas en una proporción especial de ellas con nuestra facultad de conocer, y ser por consiguiente idéntica con la verdad, explicándose el gozo que nos produce su contemplación, por la acción completamente natural, y por consiguiente armónica, y como tal agradable de las fuerzas cognoscitivas. Por esta razón, en vez de apelar á la experiencia interna, juzgamos necesario oír de nuevo á los sábios de la antigüedad para asegurarnos de su doctrina y de la de sus contemporáneos en lo que toca propiamente á la belleza.

16. «Todo tiende,» dice el autor de la obra *de Div. nomin.*, «todo se siente llevado hácia lo bello y lo bueno, hácia lo universalmente amable» (1). Por esto dicho autor quiere encontrar la raíz del nombre griego de la belleza, καλλος, en καλλω, «porque la belleza tira de todas las cosas á sí» (2), á todas las atrae y domina. No diremos nada de esta etimología; pero sí observaremos, que el indicado autor usa como

(1) Πᾶσιν οὖν ἐστὶ τὸ καλὸν καὶ ἀγαθὸν ἐπειτὸν, καὶ ἐραστὸν, καὶ ἀγαπητὸν. Cred. Dionys. Areop. de div. nom. cap. 4. §. 10.

(2) . . . ὥς πάντες πρὸς ἐαυτὸ καλοῦν (ἔθεν καὶ καλλὸς λέγεται). De div. nom. c. 4. §. 7.

sinónimos los términos *bueno* y *bello*, y considera como objeto propio del amor al objeto mismo y único significado con la expresión «lo bello y lo bueno.»

Sabido es que ambas palabras han sido consideradas en todos los tiempos como sinónimas en la lengua griega. Lo mismo puede decirse de la palabra *amable* comparada con la de *bello*. Un antiguo proverbio decía: «Lo bello es amado» (1), ó amable; y en el festín de Peleo Theogenís pone en boca de las musas, «que todo lo bello nos es caro, y lo que no es bello nunca podemos amarlo» (2). Concordando con este pasaje veremos pronto en los que hemos de citar las palabras καλὸν y ἐράσιμος, *pulchrum* y *amabile*, repetidas en un mismo sentido. Aun en nuestra misma lengua ¿no son también estrechamente afines, sinónimas las palabras *bello* y *amable*? ¿podemos por ventura separar, sobre todo tratándose de personas, el concepto de amabilidad del de belleza? ¿nos suena mal por ventura oír á Cicerón cuando dice que «nada es más bello, más amable que la virtud?» (3)

En Plotino vemos expresado nuestro juicio en términos todavía más explícitos. «Los sen-

(1) Τὸ καλὸν φίλον εἶναι. Platon, ed Bipont. vol. 5. p. 238. Steph. 216. c.

(2) “Ὁ, ὅτι καλὸν, φίλον ἐστὶ τὸ δ’ οὐ καλὸν οὐ φίλον ἐστὶ.

(3) Nihil est enim, mihi crede, virtute formosius, nihil pulchrius nihil amabilius. Cic. Epist. ad Fam. 9. 14.



timientos que nacen necesariamente en nuestra alma cuando tiene delante cosas bellas, son admiracion y dulce sorpresa, deseo, amor y una alegría que nos embarga. Estos sentimientos los excitan asimismo las cosas suprasensibles, puede decirse que en el corazon de todos, y más particularmente en el de aquellos en quienes está vivo el amor de las cosas invisibles» (1). «¿Qué es lo que tú sientes» dice luego en el siguiente capítulo, «¿qué es lo que tú sientes á la vista de una accion bella, de un bello corazon, de un carácter noble, y sobre todo de la virtud y de sus actos externos, de la hermosura del alma?.... ¿Cuál es el objeto propio de este sentimiento? Ciertamente no es la figura, ni el color, ni el tamaño, sino el alma que no tiene color ninguno, en la que moran careciendo asimismo de color la sabiduría y las otras virtudes con su propio esplendor.... Allí ves la magnanimidad y la rectitud de intencion, la pura austeridad y el valor con sus estimables caracteres; allí la dignidad y el pudor tales como se muestran en el aspecto grave y tranquilo de una fisonomía serena; y difundida sobre todas ellas, contemplas allí la luz del espíritu divino. *Estas dotes cautivan nuestra admiracion y nuestro amor, y las llamamos bellas; ¿porqué? Porque son y se muestran como una cosa real; porque*

(1) Plotin. de pulcritud. c. 4. ed Basil. 53. D. Creuzer.

todo el que las contempla queda ilustrado por algo real. ¿Qué diremos pues de dichas dotes en cuanto son reales y positivas? Que son bellas y nada más que bellas. Si nuestro espíritu pudiera aprender á conocer su esencia, sin duda entendería la razon por qué tales dotes hacen al alma digna de ser amada, y sabría qué es lo que á modo de luz resplandeciente se echa de ver en la virtud» (1).

De este mismo concepto de Plotino, segun el cual son una misma cosa la belleza, tomada en su sentido propio, y el objeto del amor, lo amable y lo bello considerado en su esencia, parte claramente San Juan Crisóstomo cuando al final de una de sus homilias (2), hace la exhortacion siguiente á las mujeres de Constantinopla: «Acaso ois con desagrado lo que os digo; acaso os airais contra mí diciendo: «Este va á indisponer á los hombres contra sus mujeres.» Pero no es cierto que hable yo así para poner en contra vuestra á los hombres; sino para que vosotras mismas observeis lo que os digo ciertamente por el amor que os tengo sin referirme ahora á vuestros esposos. ¿Queréis ser hermosas? Yo tambien lo quiero; pero deseo para mí la hermosura que resplandece allí donde habita Dios, aquella hermosura de que «el Rey se enamora» (Ps. 44-12.) ¿De quién desearás tú ser ama-

(1) Plotin. de pulchrit. c. 5. Basil. 53. F. 54. Creuzer 30.

(2) In ep. ad Hebr. hom. 28. n. 7. (tom. 12)



da, de Dios ó de los hombres? Adórnate pues aquella belleza, porque Dios entonces se enamorará de tu beldad; pero si solo tienes esta otra, despreciarte há Dios, y los que te amen serán hombres viciosos, porque ningun hombre honrado ha de enamorarse de una mujer casada. Y lo mismo que de la hermosura, puede decirse del adorno del cuerpo. El del alma se gana el corazon de Dios; mas el adorno exterior, por el contrario, solo cautiva el corazon de los malos. ¿Veis ahora cómo es cierto que pienso en vuestro bien, que solo me anima el sincero anhelo de él, y que de corazon deseo que seais hermosas, verdaderamente hermosas, verdaderamente amables para que no hombre alguno vicioso, sino el mismo Dios, Señor del universo, sea quien os ame?»

17. Siendo en efecto la belleza condicion, motivo, objeto del amor, síguese que tanto será un objeto más amable, cuanto mayor sea su belleza; que el grado de su belleza está en relacion directa con el del amor que le corresponde; que lo más bello será por consiguiente lo más amable. «Lo bueno en nuestra alma,» dice otro autor neo-platónico, Proclo, «mueve á un amor más vivo que el que excitan las cosas bellas visibles.» Y á este propósito alega la razon misma que antes indicamos: «¿Pues qué cosa, dice, hay en nosotros más bella que la virtud y la inteligencia? ¿ni cuál otra más deformé que sus con-

trarios?» (1) Lo mismo exactamente pensaba San Agustin: «Tú tienes dos siervos,» decia al pueblo en un sermon, «uno de ellos feo, el otro muy hermoso; pero el primero es fiel, el segundo no. Dime á cuál de los dos quieres más, y darás una prueba de que quieres más lo que es invisible. Pues si al criado fiel, á pesar de ser feo, lo estimas en más que al hermoso, que es infiel, ¿será porque has errado en tu juicio, prefiriendo lo feo á lo hermoso? No, sino al contrario, lo más bello lo has antepuesto á lo feo. Interrogaste á los ojos de la carne, ¿y qué respuesta te dieron? Este es hermoso, aquel feo. Pero no te fiaste de ellos, antes has reprobado su testimonio; despues miraste con los ojos del espíritu al siervo fiel y al infiel: á aquel lo hallaste deformé de cuerpo: á este hermoso; pero pronunciaste tu juicio y dijiste: ¿Qué cosa más hermosa que la fidelidad? ¿qué cosa más deformé que la infidelidad?» (2).

(1) Τὸ οὖν ἐν ἡμῖν ἀγαθόν..... δριμυτέρους ἔχει τοὺς ἐρωτάς τῶν ἐν αἰσθήσει κελῶν..... Τί γὰρ ἀρετῆς ἢ ἐπιστήμης κάλλιον ἐν ἡμῖν; τί δὲ τῶν ἐναντιῶν αἰσχίων; Procl. Comm. in Plat. Alcib. prior (Cod. Leid., pág. 222.)

(2) Habes duos servos, unum deformem corpore, alium pulcherrimum; sed deformem fidelem, alium infidelem. Dic mihi, quem plus diligas: et video te amare invisibilia. Quid ergo, quando plus amas servorum fidelem, licet corpore deformem, quam pulchrum infidelem, errasti, et foeda pulchris praeposuisti? Utique non: sed pulchriora foedis praeposuisti. . . Interrogasti oculos carnis, et quid tibi renuntiaverunt? Iste pulcher est, ille foedus. Repulistis eos, eorum testimonium reprobasti; crexisti oculos cordis in servum fi-



Oigamos á ahora Sócrates expresar claramente nuestra doctrina.

(Socr.) «Díme, ¿no es cierto que un alma hermosa y un cuerpo que haga consonancia con ella, que lleve impreso el carácter distintivo de las almas hermosas, es el espectáculo más bello que puede ofrecerse á los ojos de todas las personas que saben ver?

(Glauc.) Muy cierto.

(Socr.) *Pero lo más bello es siempre lo más amable.*

(Gl.) No puede ménos de ser así.

(Socr.) Tales hombres debe amar el que se consagra al estudio de lo bello (1).

18. Los conceptos de que hemos visto partir á Platon, á San Agustin en los dos lugares citados, y á Proclo, no son más que las consecuencias que necesariamente fluyen de la verdad que nos hemos propuesto demostrar. Y por cierto que no podríamos probarla con una argumentacion más evidente, ni formularla en términos más precisos. Solo la belleza, enseña el Neoplatonismo, y con él S. Agustin, solo la belleza es objeto del amor: ¿amamos alguna cosa? prueba de que es bella, porque lo que no es bello, no puede ser

delem et in servum infidelem: istum invenisti foedum carne, illum pulchrum; sed pronuntiasti et dixisti: Quid fide pulchrius? quid infidelitate deterius? Aug. serm. 159. al. de verbis Apost. 17. n. 3.

(1) . . . Καί μὴν τό γε κάλλιστον, ἐρασμιώτατον. Πῶς δ' οὐ; Τῶν δὲ ὀτιμώτατα τοιούτων ἀνθρώπων ὅγε μουσικὸς ἔρῃ ἔν. Plat. de republ. 1. 3. Bip. vol. 6. p. 295. Steph. 402. d.

amado (1). «¿Ama por ventura el amor otra cosa fuera de la belleza? No por cierto, pues allí no habria amor donde se buscasse algo que no fuese la belleza» (2). Son palabras del neo-platónico de Tiro, el cual prosigue luego diciendo: «Del amor hemos dicho que es amor de la belleza; y el que ama otra cosa fuera de la belleza, amará el deleite. Pero en este caso mudemos tambien el nombre, y á esta otra fuerza ó impulso del amor llamémosla concupiscencia, no amor, á fin de no confundir tambien los conceptos usando de una misma expresion. Bajo el nombre de amor entendamos la complacencia en la belleza; por el contrario demos el nombre de apetito á la inclinacion al deleite» (3).

Solo segun estas ideas tienen sentido las siguientes palabras del Obispo de Hipona: «Santo es tu templo, admirable por su justicia.» dice el salmista (Ps. 64, 5, 6.). Estas son las excelencias de aquella casa. «Admirable,» dice, «por su jus-

(1) V. n. 10.

(2) 'Ο ἔρως, ἄλλου τοῦ ἔρως, ἢ κάλλους ἐστίν; οὐδαμῶς· σχολῇ γὰρ ἂν εἴη ἔρως, εἰ μὴ κάλλους εἴη. Maxim. Tyr. disert. 27. al 11. n. 3.

(3) 'Ο ἔρως ἡμῖν κάλλους ἢ ἔρως· ὁ δὲ ἔρως ἄλλου τοῦ, καὶ μὴ κάλλους, ἡδονῆς ἐστίν. Ἀφαιρώμεν δὲ, εἰ βούλει, τοῦνομα, καὶ ἐπιθυμεῖν λέγομεν τοῦτον, ἀλλ' οὐκ ἔρῳ, ἵνα μὴ τῇ περὶ τὴν φωνὴν παρονομία καὶ τὸ πρᾶγμα ὑπαλλάξαντες λάθωμεν, ἀλλ' οὐ τοῦνομα μόνον. Ἐστω τοίνυν ἔρως μὲν κάλλους, ἐπιθυμία δὲ ἡδονῆς. Max. Tyr. 1. c. n. 4.



ticia;» no dice admirable por sus columnas, por sus mármoles, por sus techos dorados. Tú tienes un ojo exterior con que ves los mármoles y el oro; pero es interior el ojo con que ves la hermosura de la justicia. Si ésta no fuera bella, ¿por dónde sería amado el hombre anciano? ¿qué hay en su cuerpo que pueda deleitar nuestra vista? Sus miembros están encorvados, su frente cubierta de arrugas, su cabeza blanca, sus pasos vacilan. Pero acaso este anciano decrepito que no deleita á tus ojos, deleita á tus oídos; más ¿con qué sonidos? ¿por ventura con el canto? Siendo joven quizá cantara bien; más con los años todo pasó. ¿Serán sus palabras lo que guste, cuando su boca ya sin dientes apenas puede formar sonidos completos? Y sin embargo, como sea justo, si no codicia lo ajeno, si reparte á los pobres de lo suyo, si son buenos sus consejos, recta su ciencia, su fé íntegra, si se halla dispuesto á morir por la verdad de ella inmolando los miembros que conserva quebrantados, como muchos mártires ancianos, no hay duda sino que *le amaremos*. ¿Por qué? ¿qué cosa perciben en él nuestros ojos corpóreos que merezca ser amada? Ninguna. Pero *la justicia tiene también su belleza*, que solo vemos con los ojos del alma, y que nos mueve á amarla con encendido amor; aquella belleza misma que amaban los hombres en los mártires al ser sus miembros despedazados por las bestias. Cuando á los cristianos que yacían cubiertos y afeados por su mis-

ma sangre, se les salían las entrañas con las dentelladas de las bestias, ¿qué era lo que se ofrecía á los ojos carnales que no causase horror? *¿qué cosa había digna de ser amada allí donde solo se veía la fealdad de los miembros dilacerados, sino la hermosura íntegra de la justicia?* Estos son pues los bienes de la casa de Dios, en los cuales has de pretender hallar hartura... *Santo es tu templo, admirable por su justicia*. No queráis, hermanos, poner este santo templo fuera de vosotros. Amad la justicia, y seréis templo de Dios» (1).

(1) *Sanctum templum tuum, mirabile in justitia*. Ista sunt bona domus illius. Non dixit, Templum sanctum tuum mirabile in columnis, mirabile in marmoribus, mirabile in tectis auratis, sed *mirabile in justitia*. Habes foris oculos unde videas marmora et aurum; intus est oculus unde videatur pulchritudo justitiae. Intus, inquam, est oculus unde videatur pulchritudo justitiae. Si nulla est pulchritudo justitiae, unde amatur justus senex? Quid affert in corpore quod oculos delectet? Curva membra, frontem rugatam, caput canis albatum, imbecillitatem undique querelis plenam. Sed forte quia tuos oculos non delectat senex iste decrepitu, aures tuas delectat: quibus vocibus? quo cantu? etsi forte adolescens bene cantavit, omnia cum aetate defecerunt. An forte sonus verborum ejus delectat aures tuas, qui verba vix plene enuntiat lapsis dentibus? Tamen si justus est, si alienum non concupiscit, si de suo quod habet erogat indigentibus, si bene monet, et rectum sapit, si integre credit, si paratus est pro fide veritatis etiam ipsa confracta membra impendere, multi enim martyres etiam senes; unde illum amamus? quid bonum videmus oculis carnis? Nihil. Quaedam ergo est pulchritudo justitiae, quam videmus oculo cordis, et amamus et exardescimus; quam multum dilexerunt homines in ipsis martyribus, quum eorum membra bestiae laniarent. Nonne quum sanguis foedaret omnia, quum morsibus belluinis viscera funderentur, non habebant oculi nisi quod horrerent? Quid ibi erat quod amaretur, nisi quia erat in illa foeditate dilaniatorum membrorum íntegra pulchritudo justitiae? Ista sunt bona domus Dei; his te para satiari. *Sanctum templum tuum admirabile in justitia*. Et ipsum templum, fratres, nolite praeter vos cogitare. Amate justitiam, et vos estis templum Dei. Aug. enarr. in ps. 64. n. 8.



Estas palabras dijo el Santo en un sermón al pueblo (1). Los oyentes que comprendieran su mente y se dejaran penetrar de la luz persuasiva de su discurso, no podrían menos de formar acerca de la belleza y del amor la idea que antes hemos visto en Máximo; idea que el mismo San Agustín en otra obra anterior nos había dado á entender con claridad y certidumbre no menores: «¿Es posible,» decía en su diálogo sobre la música, «que amemos algo que no sea bello? Aunque parece que algunos aman cosas deformes, á los cuales llaman los griegos *σαπρόεις*, pero en realidad lo que estos tales aman, no es lo feo sino un grado más infimo de hermosura: pues es evidente, que nadie ama las cosas cuya fealdad repugna á los sentidos» (2).

19. De tales conceptos debió originarse necesariamente aquella enseñanza de la Ética en la que esta ciencia muestra al corazón, criado para el amor, y que anhela incesantemente por el objeto que ama, muestra, decimos, al corazón este objeto como digno del amor más sublime

(1) «Sermo ad plebem».

(2) Dic, oro te, non possumus amare nisi pulchra? Nam etsi quidam videntur amare deformia, quos vulgo Graeci *σαπρόεις* vocant, interest tamen quanto minus pulchra sunt quam illa quae pluribus placent. Nam ea neminem amare manifestum est, quorum foeditate sensus offenditur. Aug. de Musica 6. c. 13. n. 38.

Amabam pulchra inferiora, et ibam in profundum, et dicebam amicis meis: num amamus aliquid nisi pulchrum? Quid est ergo pulchrum? et quid est pulchritudo? Quid est quod nos allicit et conciliat rebus quas amamus? Conf. 4. c. 13. n. 20.

no tanto bajo el concepto de bien sumo cuanto bajo el de suma belleza; en la que solo de lo verdaderamente bello dice que puede ser amado de suerte que su amor llene la capacidad del corazón humano, que ante su esplendor palidecen todas las bellezas criadas, y que en su contemplación y gozo puede únicamente encontrarse la felicidad perfecta. No acabaríamos si quisiéramos traer todos los lugares en donde aún la misma filosofía gentilica enunció esta doctrina. Era tan profundo el sentimiento que tenía de ella, que «nunca se harta el ojo de mirarla ni el oído de oír cosas nuevas» (1). Pero bástenos con Plotino, como representante de las escuelas platónicas. «Es necesario», dice, «remontar nuevamente el vuelo hasta aquel bien á donde tiende todo cuanto vive..... Tan luego como uno lo contempla, ¡qué violento amor se apodera por fuerza del ánimo! ¡qué impulso tan vivo á unirse con él! ¡qué contento tan extraordinario! El que todavía no le vé, muévase sin embargo hacia él, como al bien que es; mas el que le vé, es tal el amor con que se abraza á su hermosura, en cuya visión se siente trasportado con la más deliciosa admiración, que cualquiera otro amor y apetito, por fuerte que sea, júzgalo cosa de burla, y aprende á despreciar todo lo que antes le parecía hermoso. ¿No se muestra

(1) Eccles. 1. 8.